

DC 201

75

1846

V-3

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA



Biblioteca Universitaria
Calle Alcañices

17000

24880

LIBRO DÉCIMO.



Evacuacion del Egipto.

Todos tienen fija su atencion en las negociaciones entabladas en Londres, y se preguntan qué influencia ejercerá la muerte de Pablo I. sobre aquellas negociaciones.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Sus jóvenes amigos forman con él un gobierno secreto que dirige todos los negocios del imperio.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en Paris por Mr. de Kalitcheff, en nombre de Pablo I.—Acoge afectuosamente á Duroc.—Sus protestas reiteradas sobre el deseo que le anima de vivir bien con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Londres.—Condiciones puestas previamente por una y otra parte.—Conquistas de ambos países por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir parte de sus conquistas maritimas, pero subordina toda la negociacion á la cuestion de saber si la Francia guardará el Egipto.—Los dos gobiernos se ponen tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de esperar el resultado de los sucesos militares.—Sabiendo el primer consul que la negociacion depende de estos sucesos, escita á la España á que envíe cuanto antes tropas contra el Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer al Egipto.—Empleo de las fuerzas navales.—Proyecto de varias expediciones.—Navegacion de Gautcaume al salir de Brest.—Este almirante, pasa felizmente el estrecho.—Dispuesto á dirigirse á Alejandria, se asusta de peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto desde la muerte de Kléber.—Sumision del país, y situacion próspera de la colonia bajo el aspecto material.—Incapacidad, anarquía en el gobierno.—Deplorables disidencias de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, que quiere abarcar todos los objetos á la vez.—

A pesar del aviso reiterado de una expedición inglesa, no toma precaución alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Abukir el 8 de marzo.—El general Friant, cuyas fuerzas están reducidas á mil quinientos hombres, hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Dos batallones agregados á la división de Alejandria hubieran salvado al Egipto.—Tardía concentración de fuerzas mandadas por Menou.—Llegada de la división de Lanusse, y segundo combate dado el 13 de marzo con fuerzas insuficientes.—Menou llega al fin con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la división de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canope, dada el 21 de marzo, y la cual queda indecisa.—Los ingleses continúan siendo dueños de la costa de Alejandria.—Largas treguas pasadas en contemporarizar, en cuyo tiempo hubiera podido Menou reparar los descalabros de los franceses maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo, pero nada de esto hace.—Los ingleses intentan una operación sobre Roseta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—Penetran en el interior.—El general Menou pierde por su incapacidad la última ocasión que se le presenta, de salvar el Egipto, en Ramanieh.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh y separan la división del Cairo de la de Alejandria.—El ejército francés, cortado en dos no tiene mas recurso que capitular.—El general Belliard entrega el Cairo.—Encerrado Menou en Alejandria, ambiciona la gloria de una victoria semejante á la de Génova.—Pierdese el Egipto definitivamente para los franceses.

Pronto iba á ver realizado el primer consul el objeto que se proponía al tomar el poder, pues la calma reinaba en Francia, los ánimos estaban tranquilos, y la paz firmada en Luneville, con el Austria, la Alemania y las potencias italianas, restablecida de hecho con la Rusia se negociaba en Lóndres con la Inglaterra. Una vez firmada formalmente con estas dos últimas potencias, la paz sería general, y en veinte y dos meses habia cumplido el jóven Bonaparte su noble misión, y hecho á su patria la mas venturosa y grande de las naciones del universo. Pero era preciso terminar esta grande obra, y sobre todo concluir la paz con la Inglaterra, porque mientras esta potencia no depusiera las armas, la mar estaba cer-

rada, y lo que era mas grave, la guerra continental podia renacer bajo la influencia corruptora de los auxilios británicos. Verdad es que el cansancio universal dejaba pocas probabilidades á Inglaterra de armar otra vez el continente, y aun acababa de ver á la mayor parte coaligada con nosotros contra su poder marítimo, y á no haber sido por la muerte de Pablo, habria podido espiar cruelmente sus violencias contra las potencias neutrales. Pero aquella muerte repentina era un hecho nuevo y grave que no podria menos de modificar la situación. ¿Qué influencia ejerceria la catástrofe de San Petersburgo en los negocios de Europa? Esto es lo que se ignoraba todavía, y lo que el primer consul deseaba saber lleno de la mayor impaciencia; así es que para averiguarlo tarde ó temprano, habia enviado á Duroc á San Petersburgo.

Poco antes de la muerte de Pablo, las relaciones con la Rusia no habían dejado de ofrecer bastantes dificultades, á consecuencia del orgullo excesivo de aquel emperador y del no menos excesivo de su embajador en Paris, Mr. de Kalitcheff. El czar difunto queria, como ya hemos dicho en otra parte, dictar por sí mismo las condiciones de la Francia con Baviera, Wurtemberg, Piamonte y las Dos Sicilias. Estados de que se habia hecho protector, ó espontánea ú obligatoriamente á consecuencia de los tratados que habian anudado la segunda coalición. Quería tambien arreglar nuestras relaciones con la Puerta, y decia, que el primer consul debia evacuar el Egipto, porque esta provincia pertenecía al Sultan, y él no tenia razon alguna para despojarle de ella.

Este aliado, enemigo demasiado fogoso de la Inglaterra, presentaba tambien sus peligros y era fácil que diese muy pronto lugar á una desavenencia séria. Por lo demas, lo que solamente pudiera aparecer como un cargo de locura del emperador Pablo, era un verdadero sintoma de los progresos que en el espacio de tres cuartos de siglo habia hecho la ambicion rusa. En efecto, apenas hacia ochenta años que Pedro el Grande, llamando por primera vez la atencion de Europa, se limitaba á querer influir en el norte del continente, luchando contra Carlos XII para dar un rey á Polonia. Cuarenta años despues, llevando ya la Rusia su ambicion á Alemania, luchaba contra Federico, con el Austria y la Francia, para impedir la formacion del poder prusiano. Algunos años mas tarde, en 1772, se repartia la Polonia. En 1778 daba un pasomas, y arreglando á medias con la Francia los asuntos de Alemania, interponia su mediacion entre la Prusia y el Austria, dispuesta á venir á las manos por disputarse la sucesion de Baviera, y tenia la insigne honra de afianzar en Teschen la constitucion germánica. En fin, antes de terminar el siglo, en 1799, enviaba cien mil rusos á Italia, no por una cuestion de territorio, sino por una cuestion moral, por la conservacion, decia, del equilibrio europeo y del orden social amenazados por la revolucion francesa. Jamás en tan corto espacio de años habia caido en suerte á una misma nacion tal engrandecimiento de influencia. Queriendo hacerse Pablo el árbitro de todas las cosas, por precio de su alianza con el primer consul, no era mas que loco partidario de una política que re-

ñejaba profundamente en el gabinete ruso. Su representante en Paris exigia con una calma fria y sostenida, lo que su soberano reclamaba con el desórden acostumbrado de su voluntad, y hasta afectaba, con bastante torpeza por cierto, ser el protector de las potencias débiles que á la sazón se hallaban á merced de la Francia, despues de haberla ofendido. La corte de Nápoles habia querido colocarse bajo esta proteccion, pero apenas pudo lograr nada, porque Mr. de Gallo habia sido despedido de Paris, y su corte obligada á sufrir en Florencia las condiciones impuestas por el primer consul. Lo mismo sucedió á Mr. de Saint-Marsan, encargado de representar la casa de Saboya cerca de la República francesa, y el cual habia querido obrar como Mr. de Gallo.

Mr. de Kalitcheff se habia apresurado á reclamar en favor de las cortes de Nápoles y Turin, cuyos estados habia garantido su soberano, y resolvió, al firmar un tratado con la Francia, no limitarse á estipular el restablecimiento de las buenas relaciones entre dos imperios, que nada tenian que disputar ni por tierra ni por mar, sino arreglar los negocios de Alemania y de Italia, casi en todos sus pormenores, y hasta los de Oriente, pues persistia en pedir la restitution del Egipto á la Puerta.

A pesar del deseo de contemporizar con el emperador Pablo, se contestó con firmeza á su embajador, habiéndose acordado unir al tratado público, que habia de restablecer lisa y llanamente la paz y la amistad entre los dos estados un convenio secreto, por el cual quedarian obli-

gados á ponerse de acuerdo con la Rusia para el arreglo de las indemnizaciones germánicas, á favorecer particularmente á los soberanos de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, que eran sus aliadas ó sus parientes; á reservar una indemnización á la casa de Saboya, sino se le devolvían sus estados; pero sin decir el sitio ni el tiempo, ni la manera con que habia de hacerse aquella, porque el primer consul tenia ya proyectado guardar el Piamonte para la Francia. Esto era todo lo que querian conceder. En cuanto á Nápoles, el tratado de Florencia se habia declarado irrevocable, y por lo que hace á la restitucion del Egipto, se habia acordado no oír siquiera una palabra sobre este asunto.

Insistiendo Mr. de Kalitcheff en sus pretensiones con un tono y unos modales bastante extraños, resolvieron al fin no contestarle, dejándole en Paris bastante embarazado con su papel y con los compromisos que habia contraído en favor de los pequeños estados. Tal era la situacion de los negocios, cuando se supo la muerte trágica de Pablo. Mr. Kalitcheff, sin esperar las órdenes de su nuevo soberano, y queriendo salir de la falsa posicion en que se habia colocado, dirigió el 26 de abril una nota urgente á Mr. de Talleyrand, pidiéndole pronta respuesta á todos los puntos de la negociacion, y quejándose amargamente de que se pusieran en tela de juicio en Paris, cosas que habian sido acordadas en Berlín, entre el general Beurnonville y Mr. de Krudener, y hasta llegaba á insinuar que si los estados débiles no eran mejor tratados por la Francia, la gloria del primer consul iba á sufrir menoscabo,

y su gobierno seria confundido con los gobiernos revolucionarios que le habian precedido.

Mr. de Talleyrand le contestó sin demora, que su despacho era improcedente, pues se faltaba en él á las consideraciones que se deben entre si potencias independientes; que no pensaban entregarlo al primer consul porque ofenderian á su dignidad; que Mr. de Kalitcheff podia considerarlo como no escrito; y por último, que la respuesta solicitada en nombre de su gabinete no le seria dada sino hasta que renovase su peticion en otros términos y en otro despacho.

Esta leccion severa produjo su efecto en el ánimo de Mr. de Kalitcheff, quien no dejó de temer un poco los resultados de su imprudencia, y hasta los mismos protegidos que se amparaban á su sombra, temieron su protectorado y se arrepintieron de haberle encomendado sus intereses. Reducido Mr. de Kalitcheff á quedar sin respuesta, ó á reproducir sus reclamaciones en mejor forma, escribió otro pliego en el que reiteraba su demanda de esplicacion, pero enumerando cada objeto sin reflexion alguna, sin queja y sin cumplimientos. El despacho estaba redactado en términos bastante frios, pero decorosos. Contestóle pues, entonces Mr. de Talleyrand, que, vista la nueva forma con que se habia escrito este otro pliego, no habia inconveniente en someter sus preguntas al primer consul, de quien podia prometerse pronta respuesta; añadiendo por último, que solo se conservaria el último despacho en los Archivos de la Cancilleria francesa, y que el anterior seria roto y anulado.

Pocos dias despues contestó Mr. de Talleyrand

á Mr. Kalitcheff en términos políticos, pero muy positivos, renovando sobre todos los puntos el dictámen del gabinete francés, y añadiendo esta reflexión muy natural: que si la Francia habia consentido en concertarse amistosamente con la Rusia sobre muchos de los asuntos mas importantes de la Europa, y se habia mostrado dispuesta á hacer lo que aquella deseaba, era solo en consideracion á la alianza interna contraida con Pablo I contra la política inglesa; pero que desde el advenimiento del czar Alejandro, era preciso, antes de conceder las mismas cosas, saber si el nuevo emperador seguiria las huellas de aquel, y tener ademas la certidumbre de que se hallaria en él un aliado tan resuelto como en el emperador difunto.

Desde este dia quedó tranquilo Mr. de Kalitcheff, y esperó las instrucciones de su nuevo soberano.

Era este un príncipe singular, como la mayor parte de los que han reinado en Rusia en el espacio de un siglo. Alejandro tenia veinte y cinco años de edad, estatura elevada, figura noble y dulce, talento penetrante y corazon generoso. Sin embargo, descubrianse en él algunas huellas de los defectos del padre. Su imaginacion viva, impresionable y voluble, acogia alternativamente las ideas mas contradictorias. Pero no todo era entusiasmo y expansion en este príncipe notable: habia en su rápida inteligencia secretos que se escapaban á los mejores observadores. Era honrado, y al mismo tiempo disimulado y capaz de artificio: algo de estas cualidades y de estos defectos habia podido verse en los trágicos sucesos que habian prece-

dido á su advenimiento al trono. Guardémonos sin embargo, de calumniar á este príncipe ilustre, engañado completamente sobre los proyectos del conde Pahlen; pues creyendo con la inesperienza de su edad, que la abdicacion de su padre era el único objeto, y seria tambien el único resultado de la conjuracion que le habia sido revelada, pensaba que al prestarse á ella no hacia mas que salvar al imperio, á su madre, á sus hermanos y á sí mismo, de estrañas vejaciones. Orientado luego por el mismo acontecimiento, detestaba su error y á los que se lo habian hecho cometer. Este jóven emperador, en fin, noble de aspecto, fino en sus modales, vivo de imaginacion, entusiasta, voluble, artificioso y difícil á la seducción, estaba dotado de un encanto personal infinito, y destinado á ejercer la mayor influencia sobre sus contemporáneos, y aun sobre el hombre estraordinario, tan difícil de engañar, que dominaba entonces la Francia, y con quien debia tener en un dia tan grandes y terribles altercados.

La educacion dada á este jóven príncipe habia sido muy estraña. Discípulo del coronel Laharpe, que le habia inspirado los sentimientos y las ideas de un republicano suizo, Alejandro habia sufrido con su facilidad ordinaria, la influencia de su preceptor, y de ella se resentia visiblemente al subir al trono. Mientras fué príncipe imperial, siempre sometido á un yugo demasiado duro, tan pronto al de Catalina, como al de Pablo, habia trabado relaciones con algunos jóvenes de su edad, tales como Pablo Strogonoff, Nowosiltzoff, y sobre todo el príncipe Adam Czartorisky. Este último descendiente de una de las mas ilustres familias de Po-

lonia, y muy amante de su patria, era en San Petersburgo una especie de rehen, servia en el regimiento de Guardias, y vivia en la corte con los jóvenes grandes-duques. Alejandro, que se le aficionó por una especie de analogía de sentimientos y de ideas, le comunicaba los dorados sueños de su juventud. Ambos deploraban en secreto las desgracias de Polonia, lo que era muy natural en un descendiente de los Czartorisky, pero muy extraño en el nieto de Catalina; y Alejandro juraba á su amigo, que cuando subiera al trono, volveria á la desventurada Polonia su libertad y sus leyes.

Pablo se habia apercibido de esta intimidad, que no dejaba de inspirarle algunos celos, y habia desterrado al principe Czartorisky nombrándole embajador de Rusia cerca de un rey sin estados, cerca del rey de Cerdeña. Apenas Alejandro fué emperador, envió un correo á su amigo, residente entonces en Roma, y le hizo venir á San Petersburgo reuniendo ademas á su alrededor á Pablo Strogonoff y Nowosittzoff, y formando así una especie de gobierno oculto, compuesto de jóvenes sin experiencia, animados de sentimientos generosos, que no todos conservaron, llenos de ilusiones, y poco á propósito, preciso es decirlo, para dirigir un gran estado, en las difíciles circunstancias del siglo. Mostrábanse impacientes por desembarzarse de los viejos rusos que habian gobernado hasta entonces, y con quienes no simpatizaban bajo concepto alguno. Un solo personaje de mas edad, y mas grave, el principe Kotschoubey, que tambien formaba parte de esta sociedad de jóvenes, templaba con su razon mas madura la vivacidad de sus pocos años. Habia recorrido la

Europa, adquirido conocimientos importantes, y hablaba con frecuencia á su soberano de las mejoras que creia útil introducir en el régimen interior del imperio. Todos á un tiempo censuraban la política que habia consistido primero en hacer la guerra á Francia, á causa de la revolucion, y despues á Inglaterra por una tesis de derecho de gentes. No querian ni una guerra de principios en Francia, ni una guerra maritima en Inglaterra. El gran imperio del Norte, segun ellos, debia mantener la balanza entre aquellas dos potencias, que amenazaban deborar al mundo en su lucha, y llegar á ser por este medio el árbitro de la Europa y el apoyo de los estados débiles, contra los fuertes. Pero en general lo que mas ocupaba su imaginación, no era tanto la política exterior, como la regeneracion interior del imperio; y á nada menos aspiraban que á darle instituciones nuevas calcadas en parte sobre lo que se veia en los países civilizados: tenian en una palabra, la generosidad, la inesperienza, y la vanidad de la juventud.

Los ministros ostensibles de Alejandro eran viejos rusos, prevenidos contra la Francia, encaprichados en favor de la Inglaterra, y ademas muy desagradables á los ojos de su soberano. El conde Pahlen era el único que, gracias á la firmeza de su juicio, no participaba de las preocupaciones de sus cólegas, y era de parecer que no debian entregarse á influencia alguna, sino permanecer neutrales entre Francia é Inglaterra. Bajo este aspecto, sus ideas convenian al nuevo emperador y sus amigos; pero el conde Pahlen cometia el error de tratar á Alejandro como principe adolescente, á quien habia colocado sobre el tro-

no, y habia dirigido y queria dirigir todavia. La vanidad demasiado susceptible de su jóven soberano se ofendia de ello frecuentemente. El conde Pahlen trataba sobre todo con dureza á la emperatriz viuda, que ostentaba un dolor fastuoso y un ódio implacable contra los asesinos de su marido. En un establecimiento religioso que dependia de ella, habia hecho colocar una imágen de la vírgen con el emperador Pablo á sus pies, implorando la venganza del cielo contra sus asesinos. El conde Pahlen mandó quitar la imágen á pesar de los gritos de la emperatriz y del desagrado de su hijo. Un ascendiente ejercido con tanta dureza no podia ser duradero.

En los primeros dias del reinado, el conde Pálin continuó presidiendo á las relaciones esteriorres; y el conde Pahlen siguió siendo el ministro influyente que se mezclaba en todos los negocios. Alejandro, despues de haber escuchado el parecer de sus amigos, pasaba á despachar con sus ministros ostensibles. Bajo estas influencias diversas, algunas veces contradictorias, se resolvió tratar con la Inglaterra, y comenzar por levantar el embargo impuesto al comercio británico, embargo, que segun Alejandro era una medida injusta. Decidiose, pues, que era preciso hacer con el lord Saint-Helens un reglamento marítimo que salvarse, ya que no los derechos de los neutrales, á lo menos los intereses de la navegacion rusa. Alejandro, que colocaba en el número de las ideas poco razonables de su padre, la pretension de ser gran maestre de la órden de Jerusalem, declaró que él por su parte no queria ser mas que su protector, hasta que reunidos los individuos que

componian la órden, nombrasen el gran maestre que tuvieran por conveniente. Esta resolucion allanaba muchas dificultades, ora con la Inglaterra, que tenia muchas en Malta, ora con la Francia, que no habia querido comprometerse en una guerra á muerte para hacer restituir esta isla á la órden; ora en fin, con Roma y España que jamás habian consentido en reconocer por gran maestre de San Juan de Jerusalem á un principe cismático.

Para hacer cesar otro motivo de disputa, entre Alejandro y la Francia, se decidió no reclamar ya la evacuacion del Egipto, porque en realidad habia mas interés en verlo en las manos de los franceses que en la de los ingleses. En cuanto á Nápoles y al Piamonte habia tratados solemnes, segun se decia, que era preciso respetar á toda costa, y Alejandro queria inaugurar su reinado dando una grande idea de su lealtad. Acordóse, pues, que se reclamaria para la córte de Nápoles, no ya la revocacion del tratado de Florencia, sino la garantia de sus estados actuales, y al verificarse la paz la evacuacion del golfo de Tarento. Por lo que hace al Piamonte, se resolvió pedir para la casa de Saboya, ó el mismo Piamonte, ó á falta de este, una indemnizacion proporcionada. En fin, Alejandro queria arreglar de acuerdo con la Francia, la indemnizacion prometida á los principes alemanes, por sus pérdidas territoriales en la izquierda del Rhin. Nada de esto presentaba dificultades, porque se contaba con el consentimiento del primer consul. Cesó Mr. de Kalitcheff en su cargo, y se eligió para reemplazarle á Mr. de Markoff, hombre de talento, pero que bajo el concepto de las formas no valia mas que su antecesor.

Enviado Duroc para visitar al nuevo emperador, halló todos estos puntos resueltos al llegar á San Petersburgo, donde mereció una excelente acogida, así á los ministros como al mismo monarca. Sus finos modales, su talento y su buena presencia, agradaron en Rusia como en Prusia, y supo inspirar á cuantos le trataron grande estimación y entera confianza. Despues de la audiencia de etiqueta, obtuvo muchas conferencias particulares, en las que Alejandro empleó una especie de coqueteria mostrándose sin embozo delante del representante del primer consul. Un día especialmente al pasearse este príncipe por uno de los jardines públicos de San Petersburgo, vió á Duroc, se llegó á él, le trató con afectuosa familiaridad, hizo que se retiraran sus oficiales, y conduciéndolo á un lugar apartado, le habló con entera franqueza:—Yo soy, le dijo, hace mucho tiempo, amigo de la Francia. Admiro á vuestro nuevo jefe, apreció lo que hace por el reposo de su país, por el afianzamiento del órden social en Europa. No es de mí ciertamente de quien podrá temer una nueva guerra entre los dos imperios; pero desseo que me secunde, y cese de dar armas y pretestos á los envidiosos de su poder. Mirad, yo he hecho concesiones; ya no hablo del Egipto; quiero mas bien que pertenezca á la Francia que á la Inglaterra; y si por desgracia los ingleses se apoderan de él, me uniré á vosotros para arrancarlo de sus manos. He renunciado á Malta á fin de suprimir una de las dificultades que entorpecian la paz de Europa. Estoy ligado con los reyes del Piamonte y de Nápoles por medio de tratados; sé que han hecho agravios á la Francia; ¿pero qué que-

riaís que hicieran, rodeados y dominados, como lo estaban por la Inglaterra? Con gran sentimiento veria yo que el primer consul se apoderaba del Piamonte, segun hacen creerlo los actos recientes de su administracion. Nápoles se queja de que la hayan quitado parte de su territorio. Todo esto no es digno de la ambicion del primer consul y perjudica su gloria; pues no se le acusa, como á los gobiernos que le han precedido, de amenazar el órden social, sino de querer invadir todos los estados. Esto le hace mucho daño, y me espone á mí á las murmuraciones de esos pequeños príncipes que me asedian. Procure poner término entre nosotros á estas dificultades, y viviremos en lo sucesivo en perfecta armonia.

Alejandro, hablando cada vez con mas sinceridad añadió: no conteis nada de esto á mis ministros, sed discreto; no os valgais sino de correos muy seguros; y decid al general Bonaparte que me envíe hombres á quienes pueda confiarme. Las relaciones mas directas son las mejores para establecer la buena armonia entre los gobiernos. Alejandro dijo algunas palabras mas relativas á la Inglaterra, y aseguró que no queria entregarle la libertad de los mares, propiedad comun á todas las naciones, y que si habia levantado el embargo impuesto á sus buques, era por espíritu de justicia. Los tratados anteriores concedian en caso de rompimiento, un año á los comerciantes ingleses para liquidar sus cuentas; era pues una injusticia quitarles sus propiedades, y yo no quiero cometerla, exclamó vivamente Alejandro; este es el único motivo que tengo para obrar de esa manera, pero no se crea por esto que me entrego

á la Inglaterra. Del primer consul depende únicamente que sea yo y permanezca siendo su aliado y su amigo.»

El joven emperador se habia mostrado en esta conferencia sencillo, confiado, deseoso sobre todo de separarse de sus ministros, y de hacer ver que tenia sus miras y su política personales.

Duroc dejó á San Petersburgo, colmado de atenciones y de testimonios del favor que allí habia disfrutado.

Era evidente, segun estas comunicaciones, que la Rusia no podia ser un gran socorro contra la Inglaterra, pero tambien que habria en lo sucesivo menos dificultades con ella para el arreglo de los asuntos generales. El primer consul, seguro ya de poder entenderse con aquella corte, no se apresuró á terminar la negociacion, porque el tiempo allanaba al parecer de dia en dia todas las dificultades que subsistian aun entre ella y nosotros. La Inglaterra, en efecto, mostraba poco interés por las casas de Nápoles y Piamonte; y si como habia razones para creer, no hacia ya de lo que les concernia una de las condiciones de la paz, debia ser mucho mas facil conducirse como se queria respecto de estas dos casas, cuando la misma Inglaterra las hubiese entregado al primer consul.

La negociacion con la Inglaterra era, pues, el objeto esencial y casi único del momento. Para llevarla á cabo era preciso, no solamente tratar con habilidad en Londres, sino tambien activar la guerra en Portugal, y disputar el Egipto á las fuerzas británicas, porque el resultado de los acontecimientos en aquellos dos paises debia egerecer so-

bre el tratado futuro una grande influencia. Queriendo el primer consul añadir nuevo peso á la balanza, hacia preparativos aparentes en Bolonia y en Calés, para dar á entender que este medio extremo de una espedicion contra la Inglaterra, en el cual habia pensado largo tiempo el Directorio, no estaba fuera de sus calculos, ni de sus medios. Tropas numerosas avanzaban hácia aquella parte de la Francia, y en las costas de Normandia, Picardia y Flandes, se reunea multitud de lanchas cañoneras sólidamente construidas, fuertemente armadas y capaces de trasportar tropas y atra-
vesar el paso de Calés.

Segun se habia convenido, lord Hawkesbury y Mr. Otto habian empleado parte del mes de abril de 1801 (germinal del año IX); en conferencias diplomáticas. Segun costumbre, habian sido excesivas las primeras pretensiones. La Inglaterra proponia una base de arreglo muy sencilla cual era la de *uti possidetis*, es decir, que cada una de las potencias guardase lo que los sucesos de la guerra habian puesto en sus manos. La Inglaterra, en efecto, aprovechándose de la larga lucha de Europa contra Francia, se habia enriquecido, en tanto que sus aliadas quedaban exhaustas, y habia tomado las colonias de todas las naciones. Habíase apoderado de todo el continente de las Indias, así como de las posiciones comerciales mas importantes en las cuatro partes del mundo. De los holandeses, habia adquirido á Ceylan, esa isla tan basta y tan rica, que colocada al extremo de la península indiana, forma su mas hermoso complemento. Habia adquirido las demas posesiones de los holandeses en el mar de las Indias, á escep-

cion de la gran colonia de Java. Habiales quitado entre los dos oceanos, el cabo de Buena Esperanza, una de las estaciones maritimas del globo mejor situadas. Sus esfuerzos mas constantes no habian podido proporcionarle la isla de Francia, que ni un momento habiamos cesado de poseer nosotros. En la América meridional habia tambien arrancado á los desgraciados holandeses, que eran los que mas habian perdido en aquella guerra, los territorios de la Guyana, estendiéndose entre las Amazonas y el Orinoco; tales como Surinam, Berbice, Demesari y Essequibo, provincias soberbias que no presentaban, que no presentan aun hoy mismo, un notable desarrollo agrícola y comercial, pero que están destinadas á gozar algun dia de una inmensa prosperidad, y que entonces tenian la ventaja de ser un paso dado hácia las grandes colonias españolas del continente americano. La Inglaterra que codiciaba estas colonias abrigaba la intencion de escitarlas á lo menos á la independencia, para vengarse de lo que le habia sucedido en la América del Norte, y se lisongeaba, acaso con razon, que una vez independientes, serian pronto la presa de su comercio. Hé aqui el motivo porque daba mucha importancia á una conquista hecha en las Antillas españolas, la hermosa isla de Trinidad, situada muy cerca de la América del Sur, como una especie de apeadero, felizmente dispuesto, bien sea para el contrabando, bien para la agresion de las posesiones españolas. Habia hecho otra adquisicion de gran valor en las Antillas; era esta la Martinica arrebatada á los franceses. Los medios empleados habian sido poco legitimos, porque los colonos de la Martinica te-

miendo una sublevacion de los esclavos, se habian puesto ellos mismos en depósito bajo su dependencia, y de un depósito voluntario habia hecho ella una propiedad. La Inglaterra tenia en grande estima á la Martinica, á causa del basto puerto que contenia aquella isla. Habia tomado ademas en las Antillas á Santa Lucia y Tabago, islas medianas en comparacion de las anteriores, y hácia la region de la pesca, San Pedro y Migueñon. En fin, en Europa habia quitado á los españoles la mas preciosa de las Baleares, y á los franceses que la habian conquistado á los caballeros de San Juan de Jerusalem, la isla de Malta, reina del Mediterráneo.

Puede decirse que despues de estas conquistas no quedaba ya gran cosa que disputar á las naciones maritimas, salvas las posesiones continentales de los españoles en las dos Américas. Verdad es que los ingleses amenazaban si se persistia en el proyecto de marchar contra el Portugal con tomar el Brasil por via de indemnizacion.

En cambio de estas vastas adquisiciones maritimas, la Francia se habia apoderado de las partes mas preciosas del continente europeo, mucho mas importantes seguramente que todos aquellos territorios lejanos; pero las habia restituido, esceptuando la porcion comprendida en las grandes líneas de los Alpes, del Rhin y de los Pirineos. Habia conquistado en fin, una colonia que por sí sola era una indemnizacion de toda la estension colonial agregada á la Inglaterra, era esta el Egipto. Ninguna posicion valia lo que élla, pues si se pensaba en trastornar nuevamente el